

La
conquista
del
ESPACIO

MAR GALACTICO

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION



Posiblemente era una de las personas que más sabía de piedras en el mundo. Le ponían una piedra en la mano, y ya, sólo restaba escuchar el tremendo discurso de la doctora Singer: que si esta piedra tiene tantos años, que si es de esto o de lo otro, que si ha sido extraída de tal región, país o continente... Cosas así.

Por algo era doctorada en Geología. Según ella, no había en la Tierra nada más interesante que la tierra, y, cuando soltaba semejante ingenio verbal, a sus interlocutores no les quedaba más remedio que callarse. ¿Qué podían decir? Más o menos era lo mismo que si hubiera dicho que lo más importante de una mesa era la madera. Así que a callar todo el mundo.

MAR GALÁCTICO

Lou Carrigan

CAPÍTULO PRIMERO

Según sus propias palabras lo que más le gustaba a la doctora Ophelia Singer eran las piedras.

Sí, sí, las piedras.

Posiblemente era una de las personas que más sabía de piedras en el mundo. Le ponían una piedra en la mano, y ya, sólo restaba escuchar el tremendo discurso de la doctora Singer: que si esta piedra tiene tantos años, que si es de esto o de lo otro, que si ha sido extraída de tal región, país o continente... Cosas así.

Por algo era doctorada en Geología. Según ella, no había en la Tierra nada más interesante que la tierra, y, cuando soltaba semejante ingenio verbal, a sus interlocutores no les quedaba más remedio que callarse. ¿Qué podían decir? Más o menos era lo mismo que si hubiera dicho que lo más importante de una mesa era la madera. Así que a callar todo el mundo.

Era una chica inteligente, la doctora. A sus veintitrés años había dejado ya de dar clases de Geología en la Universidad de Los Ángeles para dedicarse a la investigación geológica, aprovechando muy bien el dinero que había ganado con sus tres libros sobre Geología, uno de los cuales le había valido el Premio de Ciencias de la Fundación Barton, dotado nada menos que con cien mil dólares. Una chica inteligente y sabiéndose administrar podía vivir mucho tiempo con ese dinero, y la doctora Singer sabía administrarse y era, sin duda alguna, muy inteligente.

Así que tras un corto viaje ni más ni menos que al Tíbet, de donde había regresado con un hermoso cargamento de muestras rocosas, Ophelia Singer se había puesto a escribir su cuarto libro.

Pero, sabido es que el mejor descanso consiste en un cambio de actividad, así que Ophelia, en lugar de dedicarse a perder el tiempo cuando no se dedicaba a sus estudios o investigaciones geológicas, se compró un telescopio.

A partir de ese momento las cosas le empezaron a ir menos bien a la doctora Singer, por no decir que francamente mal. Verdad es que aprendió rápidamente las bases de la astronomía, y que conocía ya muchas estrellas, y cosas de éstas, pero...

Bueno, aquel telescopio servía para algo más que para mirar las estrellas. Por ejemplo, en los días claros, la doctora Singer podía ver, desde la terraza de su ático donde tenía instalado el telescopio, la Costa Oeste. Ni más ni menos que California, que, a fin de cuentas, estaba apenas a treinta millas. Con más razón, y siempre graduándolo adecuadamente, el sencillo telescopio de Ophelia le permitía ver perfectamente cosas mucho más cercanas que las estrellas y que la costa californiana.

Ahí empezaron sus males.

Ella vivía, como se ha dicho, en un ático de un edificio situado en una encantadora callecita de la localidad de Santa Catalina. A sus pies, las otras casas parecían ir descendiendo suavemente hacia la bahía. En la bahía, claro está, había barcos de todas formas y tamaños, desde transbordadores que hacían la ruta entre el continente y la isla, a lujosos y enormes yates, pasando por barcas de pesca, lanchas, patines, balandros... De todo.

¡La de cosas que había visto Ophelia Singer con su maquivélico telescopio! Incluso, en un par de ocasiones, había cazado a sendas parejas haciendo el amor en la cubierta de un yate y de una lancha. Bueno, esto no era nada del

otro mundo, ¿verdad? Todo lo más resultaba un tanto... inquietante. Lo que había visto en esas dos ocasiones produjo un notable desasosiego en Ophelia, que, volvemos a repetir, de lo que más entendía era de piedras.

Oh, bueno, por supuesto sabía perfectamente lo que era un hombre, lo que era una mujer, cómo eran y funcionaban ambos, y la de cosas que podían hacer juntos, pero estos conocimientos eran teóricos. De práctica, nada. Había dedicado todo su tiempo a los estudios, naturalmente. Esta piedra, caballeros, se llama granito, y está compuesta básicamente de cuarzo, feldespato y mica.

Fenomenal.

Sin embargo, llegó el momento en que, entre la contemplación de las estrellas y la de las parejas haciendo el amor, Ophelia comenzó a pensar cosas... disparatadas. ¡Qué cosas tan bochornosas se le ocurrían, cielos! Claro está, como además de inteligente tenía una voluntad de acero, sabía controlar perfectamente su extraño desasosiego, y posiblemente todo le habría ido bien si, por fin, en un aciago día, no hubiera visto con su maldito telescopio a Orson Nashington.

Su nombre lo supo más adelante. Primero, simplemente, un día lo vio, regresando a la isla en su balandro. Y nada más verlo, a Ophelia Singer le pareció que todo un diminuto pero violentísimo volcán estallaba dentro de ella. Fue, de verdad, como si un volcán hubiese estallado en su interior, y un insoportable calor empapase su piel de adentro afuera. Si hubiese sido un calor procedente del exterior, pues, simplemente, Ophelia se habría duchado con agua fría, y, a lo mejor, ¡quién sabe!, se habría sentido aliviada. Pero no: el calor procedía de dentro de ella, y por dentro no podía ducharse.

Mala suerte.

Orson Nashington medía casi metro noventa, era rubio, tenía los ojos claros y un cuerpo que, en comparación, las estatuas de los atletas griegos parecían alfeñiques. Quemar-

do más que bronceado por el sol, al aire sus largos cabellos, siempre desnudo el torso, relucientes sus blancos dientes en el atezado rostro, Orson Nashington provocó en Ophelia Singer, apenas lo vio, todo eso del volcán y mucho más.

Por ejemplo, insomnio. Se quedaba horas y horas con los ojos abiertos, tendida en la cama, y veía el balandro de Orson, veía a éste con un cigarrillo en los labios mirando hacia el cielo con aquella sonrisa mortal de necesidad, o veía sus impresionantes manos tensando cabos, o sus hombros que parecían un solo bloque muscular... ¡Ay! Pero estas visiones eran inocentes e inofensivas. Lo sobrecogedor eran los sueños. Sí, prácticamente todas las noches que conseguía dormir, Ophelia soñaba con Orson Nashington, y cuando él la...

No, estos sueños no se pueden explicar.

No.

Total, que Ophelia Singer vivía y no vivía. Para su desesperación, las estrellas dejaron de importarle tanto como al principio, y hasta las sensacionales piedras traídas del Tíbet comenzaron a perder interés. Cosas de la vida. En cambio, la salida del balandro de Orson Nashington mar adentro, y su regreso al atardecer, fueron cobrando más y más importancia. Y muchas veces llenaron de insólita tristeza el corazón de la doctora Singer.

¿Motivos? Helos aquí: con mucha frecuencia, Orson Nashington no se hacía solo a la mar. Salía acompañado. ¿Por quién? Siempre por chicas. O una sola chica, que era cuando más sufría Ophelia Singer, porque si había varias, pues nada, pero... ¡una sola! ¿Acaso no había visto ella lo que habían hecho un hombre y una mujer solos en un yate y en una lancha?

¡Y qué chicas! Todas y cualquiera de ellas podía ser merecedora de figurar en la página central de cualquiera de esas revistas para caballeros en las que, naturalmente, sólo hay señoras. Eran despampanantes: rubias, pelirrojas,

morenas, castañas, cenicientas... Todas eran despampanantes. De modo que el corazón de la doctora Singer comenzó a ser devorado malvadamente por esos bichitos llamados celos.

Hasta que un día se preguntó:

«Bueno..., ¿y por qué no puedo ser yo una de esas chicas que salen con él a la mar?».

La idea era, por supuesto, excelente. Así que, ni corta ni perezosa, Ophelia se lanzó un día hacia el puerto deportivo, dispuesta a todo. Dispuesta a todo, sinceramente, pero..., ¿qué hizo? Pues se limitó a vagar por allí, mirando de lejos a Orson Nashington, preguntando tímidamente cosas de él a algunas personas, espiándolo continuamente..., y eso fue todo. Porque cada vez que se decidía y comenzaba a caminar hacia el balandro surto en el puerto, le ocurría lo de la parálisis.

Sí, la parálisis. Comenzaba a caminar muy deprisa, como si fuera a la guerra con gran valor, y, poquito a poco, sus piernas se iban quedando paralíticas, hasta que por fin se detenía, titubeaba, miraba a todos lados, se retorció las manos, y daba la vuelta. Entonces, las piernas volvían a funcionar... para alejarse, claro.

Y no es que no tuviese pretextos para iniciar una conversación con Orson Nashington, no. Podía, como sabía que hacían las otras chicas, decirle que alquilaba su balandro para dar un paseo, o para ir de pesca, o cosas así. O preguntarle por sus delfines... Curioso tipo Orson Nashington. Tenía dos delfines, a los que llamaba Tom y Jerry. Bueno, no es que los delfines fuesen propiamente suyos, pero eran muy buenos amigos.

Orson vivía en un pequeño chalé costa arriba (chalé que Ophelia alcanzaba a ver perfectamente con el telescopio desde su privilegiada posición en la terraza), y tenía allá una gran piscina, a la que había hecho unos «arreglitos». Los arreglitos consistían en un pequeño canal que comunicaba la piscina con la playa, así que Orson podía pescar con ca-

ña en su propia piscina, si le venía de gusto. Pero no solía hacerlo nunca. En cambio, sí recibía con mucha frecuencia la visita de Tom y Jerry, que llegaban por el canal, se daban un baño en las quietas aguas, se atiborraban de pescado que Orson les echaba, y, según malas lenguas, «charlaban un ratito con él». ¿Y de qué charlaban? Pues de lo único que, al parecer, le interesaba verdaderamente a Orson Nashington: el mar.

Así que hasta en esto eran diferentes Orson y ella. A él le gustaba el mar, a ella la tierra. Pero es que, además, un día en que Ophelia se contempló completamente desnuda en el espejo, llegó a una conclusión aterradora: ¡era fea! Y se echó a llorar. Sí, mal, muy mal estaban las cosas para Ophelia Singer.

Hasta el día en que en el cielo aparecieron los cien mil meteoritos.

* * *

Fue al atardecer, cuando Ophelia estaba en la terraza espiando el regreso de Orson Nashington, absurdamente feliz porque aquel día él había zarpado solo. Nada de chicas. Ni una sola.

Mientras miraba y miraba con el telescopio hacia el mar, Ophelia comenzó a percibir sobre las aguas un extraño resplandor rojizo. El sol comenzaba a ponerse, y esto siempre parecía incendiar un poco el mar, pero en aquella ocasión el incendio era excesivo... Era como si encima de las aguas se hubieran encendido muchas enormes bombillas de luz roja.

Sorprendida, Ophelia apuntó su telescopio hacia el cielo, y, en el acto, se irguió, lanzando un grito de sobresalto. Talmente le había parecido que una enorme bola borrosa pero de luz roja y resplandeciente se le echaba encima.

Cuando reaccionó y graduó adecuadamente el telescopio, volvió a mirar.

Y volvió a emitir un grito de sobresalto.

En el violáceo espacio celestial gran cantidad de enormes, enormísimas bolas rojas que reflejaban la luz del sol poniente viajaban a inmedible velocidad hacia la Tierra. Pero no todas las bolas eran tan enormes, las había más pequeñas, algunas incluso diminutas. Parecían... Sí, parecían bolas de esas que se cuelgan en el árbol de Navidad. Eran aterradoras, pero preciosas. Preciosas, preciosas...

El cielo estaba lleno de ellas. Y caían. Caían sobre la Tierra a aquella asombrosa velocidad, aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Muy pronto, todo el mar y la tierra estuvo como bañada en luz rojo solar. Era como una insólita luz esplendorosa y nueva, totalmente desconocida, jamás vista por ojo humano. Fue como si en el cielo se encendieran cientos de bombillas, como si el mar se iluminase, como si todo fuese ya solamente resplandor nuevo.

Como sonido de fondo, Ophelia oía ahora los gritos en la calle, en las azoteas de los edificios vecinos, en las terrazas situadas por debajo de la suya... Muchas personas habían encendido la radio, y se oían voces de varios locutores, mezclándose de tal modo que Ophelia no podía entender nada. Por las calles la gente corría, los automóviles se habían detenido, por todas partes se oían chillidos histéricos.

El pánico total.

Fascinada por el espectáculo de la llegada de aquellas bolas, Ophelia recordó de pronto el motivo por el que estaba en la terraza utilizando el telescopio.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Y él está en el mar!

Miró con el telescopio hacia el mar, graduándolo de nuevo. En realidad, ya no necesitaba el telescopio para ver llegar la gran cantidad de bolas rojas. Allá estaban, a simple vista. En cambio, Orson Nashington...

Ophelia lanzó un grito de alegría cuando lo vio, llegando en su balandro, alzado el rostro hacia el cielo, teñido de rojo intenso. Un rostro en el que sólo había expectación, enorme curiosidad. Ni pizca de miedo...

Entonces, las bolas rojas comenzaron a caer en el mar y en la tierra. No cayó ni una sola bola en la isla de Santa Catalina, pero sí en el mar, lejos. Simplemente, cayeron y desaparecieron, sin consecuencia visible alguna. Llegaron algunas tan grandes como cinco portaaviones juntos, otras del tamaño de un automóvil corriente, otras incluso más pequeñas, y se hundieron en el mar. Sólo unas pocas. Las otras continuaron su viaje, quizá sin llegar a rozar la Tierra, quizá mucho más adentro del Pacífico, quizá en otro continente...

Llegaron, impactaron en el mar, y desaparecieron. Eso fue todo..., salvo la enorme ola que se formó en el lugar donde había caído la más grande de todas, y que se sumó o absorbió las olas producidas por otras más pequeñas. El mar pareció volverse loco, se alzó, lanzó miles de toneladas de espuma hacia el cielo, y la enorme ola, de una altura aterradora, se fue ensanchando como ocurre cuando se tira una piedra a un estanque. Llegó a Santa Catalina, alzó todas las embarcaciones que había en el muelle y en el puerto deportivo, y las estrelló contra los malecones, rebasó éstos y la avenida costera, arrasó los árboles, vehículos, postes de alumbrado, todo, y terminó con fragoroso choque en las fachadas de las casas situadas frente al mar.

Luego, como un viejo balón deshinchado, el mar regresó a su lugar, dejando en el aire una densa lluvia de espuma que comenzó a caer lentamente, pulverizada.

La nube de espuma se extendió, y llegó incluso, en lenta flotación, hasta la terraza de Ophelia, que estaba paralizada por el más genuino espanto, como sumergida en aquella masa pulverizada de agua teñida de rojo solar.

Cuando la visión se aclaró, y Ophelia reunió el valor suficiente para ello, miró hacia donde había visto por última

vez el balandro de Orson Nashington.

Y allá estaba. Flotando como un simple cascarón de nuez, meciéndose fuertemente, pero allá estaba, a flote. Ophelia comprendió que la ola había alzado el balandro al pasar, lo había dejado caer luego en su seno, y había llegado a la costa; al retirarse, volvió a alzar el balandro y a dejarlo caer, pero allá estaba. Si Orson hubiera llegado unos minutos antes a puerto, ya no tendría balandro, y quizás él habría muerto...

¿O había muerto, de todos modos? Lanzando una exclamación incontenible de alegría, Ophelia se quedó mirando a Orson, que estaba completamente empapado, pero agarrado al mástil del balandro como si en ello le fuera la vida, y nunca mejor dicho.

Lanzando otra exclamación, Ophelia Singer se irguió, dio media vuelta, y entró corriendo en el ático. Cuando salió de éste no prestó atención a nada. Se oían cientos de voces, radios y televisores estaban a toda marcha, pero ella sólo tenía una idea en la cabeza. Correr a asegurarse de que Orson Nashington estaba bien, completamente y a salvo.

CAPÍTULO II

Por fin, y en cuestión de unos pocos minutos tan sólo, las aguas quedaron quietas, como si nada hubiera ocurrido. Pero, todavía agarrado al mástil de su balandro, Orson Nashington contemplaba el espectáculo que se ofrecía en tierra firme ante él: coches apilados, árboles arrancados, instalaciones de alumbrado torcidas o también arrancadas, cientos de cristales rotos en las fachadas de las casas de la avenida, embarcaciones de toda clase aplastadas contra el muelle, o hundiéndose, convertidas en astillas. En el agua se veían algunas personas nadando hacia el muelle. En éste, y en la avenida, aparecían ahora muchas personas corriendo, gritando. Histerismo colectivo. La ola había afectado el puerto y la avenida costera, y parecía que la gente, que la había visto venir, había escapado de allí a tiempo, al menos la mayoría. Pero quedaban aquellas personas flotando cerca del muelle, y dentro de algunos automóviles debía de haber ocupantes, sin duda...

Orson miró hacia el cielo. Todo había vuelto a la calma, a la normalidad. Como si nada hubiera ocurrido.

«Si he salido de ésta —pensó Orson— es que a mí ya no me mata ni un rayo».

Miró de nuevo hacia el muelle. Si hubiese navegado tan sólo un poco más rápido, ahora estaría estrellado contra la piedra, él y su balandro, como si hubieran sido un huevo. Pero conservaba la vida y el barco. Y desde allí, a unos trescientos metros del muelle, veía ahora llegar ambulancias y coches oficiales, rodando cautelosamente sobre el mojado

asfalto. Arriba, en el cielo, comenzaron a parpadear, ya visibles, las estrellas.

¿Qué demonios había pasado?

Bueno, ya se enteraría. Ahora tenía que intentar llegar al muelle, aunque esto no iba a ser fácil, debido al amasijo de embarcaciones que prácticamente lo imposibilitaban, allí apiladas. Y debía de haber varias en el fondo... Lo mejor era dejar el balandro allí, y alcanzar el muelle a nado, así que ancló el barco, y, sin más, se lanzó al agua. Su decisión salvó dos vidas: cerca del muelle ya, una mujer y una niña, que sin duda habían estado en uno de los yates, luchaban desesperadamente por mantenerse a flote.

—La niña —gimió la mujer—. ¡La niña!

—Cálmese —jadeó Orson—. No hagan nada, sólo déjense llevar por mí.

La niña lo miraba con los ojos desorbitados, pálida de miedo, paralizada. Orson supo muy pronto por qué la mujer no podía nadar; tenía un brazo roto. La niña parecía estar bien.

—¿Sabes nadar? —preguntó Orson, y cuando ella asintió con la cabeza, le sonrió—. Estupendo. Mira, todo lo que tienes que hacer es nadar muy despacio junto a mí. Sólo eso. Si crees que no tienes fuerzas, no te agarres a mí, sólo avísame... ¿Me has entendido?

La niña volvió a asentir, y Orson, tras guiñarle animosamente un ojo, se colocó de cara al cielo, y comenzó a nadar sólo con las piernas, remolcando a la mujer, y sin dejar de mirar a la niña... Algunas personas eran ayudadas a subir al muelle, cerca de ellos. Dos hombres se lanzaron al agua y acudieron en ayuda de Orson, que les advirtió la circunstancia del brazo roto de la mujer.

—Tengan cuidado... Yo me encargo de la niña.

Un par de minutos más tarde eran ayudados a llegar a tierra firme. La niña rompió a llorar entonces, y Orson la abrazó.

—Eres muy valiente —murmuró—, así que tienes derecho a llorar ahora. Lloro todo cuanto quieras.

La mantuvo abrazada hasta que se tranquilizó un poco. La madre acababa de ser colocada en una camilla, y se disponían a trasladarla a una ambulancia, pero la mujer no quería marcharse sin su hija, así que Orson le dio un suave empujón.

—Adiós —le sonrió—. Me llamo Orson. Si preguntas por mí te dirán dónde vivo, y te enseñaré dos delfines amigos míos. Se llaman Tom y Jerry...

La niña asintió, y salió corriendo para reunirse con su madre.

Fue justo entonces cuando Orson vio a Ophelia Singer.

Ella estaba a media docena de pasos de él, mirándolo fascinada, inmóvil, muy abiertos los ojos.

—¿Qué hace ahí pasmada? —gruñó Orson—. ¿No se le ha ocurrido la idea de que puede ayudar a alguien?

Ophelia asintió con la cabeza, pero no se movió. Orson soltó un bufido, y se alejó, dispuesto a ayudar a quien lo necesitara... Pero muy pronto se dio cuenta de que, en este aspecto, la situación estaba bastante controlada. Había heridos de poca consideración vagando de un lado a otro. Los más graves habían sido retirados ya por ambulancias o coches particulares llegados del interior. Comenzaba a hablarse de daños materiales y de víctimas. Los daños materiales, más o menos, estaban a la vista. Las víctimas irían apareciendo flotando en el mar, salvo las que habían quedado atrapadas en los coches. Las otras se las había llevado el mar, las había succionado al retirarse. ¿Cien? ¿Veinte? ¿Cinco? Al parecer serían muy pocas...

—¿Usted está... está bien?

Volvió la cabeza, y se quedó mirando a la pasmada.

Allá la tenía de nuevo, mirándole embobada.

—Sí, gracias —masculló—. Perdóne lo de antes. Todavía no me había dado cuenta de que lo que se podía hacer ya estaba hecho o se estaba haciendo. Lo siento, de veras.